

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Núm. 37

VIOLETAS
IMPERIALES



25 céntimos

Protagonista:
Raquel Meller

Revista Semanal

Violetas imperiales

Novela cinematográfica basada en la película del mismo título. Exclusiva de «Verdaguera, Consejo de Ciento, 210».

PROTAGONISTA: RAQUEL MELLER

I

Era en Sevilla, a mediados del siglo pasado, en plena época de romanticismo, cuando los hombres llevaban batúa a lo Larra y las mujeres vestían trajes de una elegancia y una gentileza extraordinarias.

La ciudad del Guadalquivir, tan bella como siempre, plena de gracia y de perfumes, alegre y confiada, ofrecía, como ahora y como perennemente ofrecerá, al viajero, el encanto de sus calles olorosas y estrechas, la risa cantarina de sus mujeres, su gracia peculiar.

Sobresalía, en belleza y en gracia, entre las mujeres del pueblo, una vendedora de flores, nuestra protagonista, mujer hechicera, de ojos negros y profundos, de rostro ovalado, llamada Violeta. Nadie había, entre los sevillanos de su clase, que no la conociera. Y no pocos la deseaban. Y muchos, al verla tan bella, tan alegre, tan despierta, sentían el vago presentimiento de un amor.

fácil como había supuesto disponer de lo que, por olvido, le habían dejado.

En efecto, poco después de haber adquirido las flores, la bella aristócrata dijo a sus acompañantes:

—¿Cómo no se me ha ocurrido hacer un regalo a la florista, que ha estado tan amable con nosotros? ¿Seré egoísta? ¡La dicha nos hace olvidar a los que sufren!

Dicho esto, echó mano a su bolso como para ver lo que podía haber regalado a Violeta. Y se dio cuenta de que no lo tenía. Exclamó, pues, contrariada:

—He dejado mi bolso, ahora me acuerdo, en la cesta de la vendedora de violetas. Sólo lo siento porque hay en él un retrato de papá y otro de mamá.

Volvieron todos hacia el sitio donde habían comprado las flores. Violeta ya no estaba allí.

—¡Demonio! dijo Juan. —Ha tomado las de Villadiego... ¡No será ésta su primera hazaña!... Esas mujeres...

Dieron parte a una pareja de guardias y comenzó la persecución de Violeta, que aun no había tenido tiempo de llegar a su casa. Los guardias por un lado y los dueños del bolso por otro, asediaron a la pobre muchacha, que corría desesperada hacia su hogar. Poco después de haberse refugiado al lado de los suyos, y habiendo ya abandonado el bolso en la calle, que fue recogido por los que le perseguían, llegaron a la casa los guardias y los aristócratas, que, al encontrar la puerta cerrada, amenazaron con derribarla si no la abrían inmediatamente. Fue, pues, franqueada la entrada.

Dentro del hogar de la vendedora, que era una casa de vecindad misera y pobre, se ofreció a los recién llegados un espectáculo triste. La madre de

Violeta estaba en cama, enferma, y pululaban una multitud de chiquillos descalzos y desarapados.

Ante los guardias, que querían llevarse detenida a Violeta, ésta, dirigiéndose a la bella prometida, exclamó:

—Lo juro... No he robado nada, ni un céntimo... Ignoraba quién fuese la dueña del bolso...

—Esperad, dijo la aristócrata a los guardias. —Sin duda he perdido yo el bolso... De cualquier modo, respondo de esa muchacha...

Ante estas palabras categóricas, se marcharon los guardias.

Violeta, entonces, cogió el más bello ramo de violetas de cuantos tenía y, entregándolo a la prometida, dijo:

—Tomad, señorita, con mis mejores deseos de que sea muy feliz.

—Gracias—le contestó ésta.—Pero prométeme que serás siempre buena y honrada... Leo en tus ojos que no has nacido para el mal...

—Se lo prometo, o mejor, se lo juro, señorita.

—Bien. Ahora, adiós.

Se marcharon todos. Y la madre de Violeta, que ya estaba muy grave, con aquel disgusto se sintió morir. Llamó, pues, a su hija y le dijo:

—Me muero, hijo mío. Cuida de tu hermano Manuel, que es tan travieso. Haz de él un hombre honrado.

Dicho esto, expiró.

Días después, no obstante su gran pena, Violeta hubo de volver, por las noches, a la casa de Rafael, a cantar y a bailar para poder ganar el sustento de los suyos. Pero ya sólo tenía un pensamiento: huir de aquel ambiente que le repugnaba y tomar por norma de vida las palabras de aliento

que le había dirigido Eugenia de Montijo, que no otra era la aristócrata del bolso, que tan bien se había portado con ella.

Y una noche, en aquel café cantante, le anunciaron que un hombre de la alta sociedad deseaba hablarla. Fué a su camerino. Era Juan, el prometido de Eugenia, acompañado por un amigo. En cuanto Violeta estuvo junto a él, empezó a galan-tearla descaradamente. Violeta, extrañada, le contestó:

—Pero ¿y vuestra bella novia, cuyo bondadoso corazón no merecía?

A esto, Juan le contestó abrazándola e intentando besarla en los labios.

Violeta le rechazó colérica y gritó:

—¡Rulán!

El dueño del café, enterado de lo ocurrido, despidió a Violeta.

—También sin ti—contestó ésta—sabré ganar mi vida y la de mis hermanitos.

La persecución de Juan no cesó por esto. Violeta no sabía ya qué hacer para alejar de ella a aquel hombre.

Al domingo siguiente, cuando se hallaba vendiendo sus violetas en la puerta de la catedral, vió salir a Eugenia y a una joven aristócrata. Se acercó a ellas, como si fuera a ofrecer sus flores, y dijo a Eugenia:

Señorita... será usted muy desgraciada si se casa con Juan... Yo considero mi deber advertírselo... ¿Es usted tan buena!...

—Pero, ¿qué ocurre?

—No me deja vivir en paz... me persigue... Adonde quiera que voy, viene a inquietarme... Ha intentado arrebatarme mi honor... Estando tan cer-

cano el día de su casamiento con usted, osa hablar-me a mí de amor..., de pasión...

Llegó en esto Juan, que había de encontrar a su prometida a la salida de misa. Violeta se retiró unos pasos. Eugenia, decidida, se quitó el anillo de prometida y, entregándolo al que fué su novio hasta entonces, le dijo:

—Tomad... No es precisa ninguna explicación... Nuestras vidas seguirán opuesto camino.

Juan, comprendiendo lo ocurrido, no dijo ni una palabra y se alejó cabizbajo y quizá también un poco avergonzado.

Violeta volvió junto a la bella Eugenia de Montijo y le dijo:

—Perdonadme, señorita. Usted me dijo que debía ser buena, y sólo he querido demostrarle que empiezo a seguir su consejo.

—No tengo por qué perdonaros. Al contrario, debo estaros muy agradecida y os lo estoy. Día llegará en que pueda daros prueba evidente de ello.

Pocos años después Eugenia de Montijo contrajo matrimonio con Napoleón III, emperador de Francia. Los salones de Versalles, marco apropiado para su belleza, se honraron con su presencia. Nunca gentileza como la de Eugenia había sido recibida allí.

Entre las muchas bellezas de la corte sobresalía la suya. Y asimismo la elegancia. Y más que todo, la gracia natural...

El ¡ropio día de la boda, Eugenia dijo a su regío consorte:

—Desearía, señor, que autorizaseis la permanencia a mi lado de una modesta joven sevillana a la que debo, tal vez, el honor de compartir hoy el trono con V. M.

—Que vuestra graciosa majestad se digne dar las órdenes necesarias.

Y añadió, hablando de otra cosa:

—Verdaderamente, su regia belleza bien merece una corona. Es el único pretexto que puede invocar un rey para casarse con una extranjera.

Las damas de la corte no podían concebir que Napoleón estuviese enamorado. Y murmuraban:

—Dejad que las cosas sigan su curso... El tío del Emperador se divorció de la señorita Taschel de la Pagerie... Tal vez la herencia del divorcio sea tradición en la familia...

Llegó, llamado por el Emperador, Carlos, conde de Morny, presidente del cuerpo legislativo. Y Napoleón le dijo:

—Carlos, tú que tienes influencia en la Ópera, ocúpate de la señorita Violeta, protegida de la Emperatriz... Ocúpate de que la señorita Violeta ocupe en la escena lírica el lugar que merece...

—Seréis servido, señor.

De este modo empezaba Eugenia a pagar a la humilde vendedora de violetas el gran favor que de ella había recibido.

II

Llegó la bella estación otoñal y, como todos los años, la corte se trasladó al castillo de Compiègne.

Entre los que acompañaban a los Emperadores se hallaba Hubert, conde de St. Offremont, teniente del regimiento de Guías, que se había enamorado locamente de la Emperatriz, y al que amaba, con igual locura, Violeta la florista, entonces célebre cantante de ópera.

Entre las damas, estaban la señorita Elena de Perry Frusac, la señora marquesa, madre de Ela-



na, y la duquesa de Noudouin, por la que en época no lejana manifestó predilección Napoleón. Las tres eran enemigas de la Emperatriz y no perdían

ninguna ocasión para murmurar de ella. También se ocupaban con frecuencia de Violeta.

Un día, estando estas tres damas en el jardín, llegó, de París, Violeta. Solía ir a ver a su protectora varias veces cada semana. Al verla llegar, una de las damas dijo:

—¿Ya sabéis que la cantante está enamorada de Hubert?

Hicieron un gesto de duda las otras dos señoras.

—¿Creéis que me equivoco?—añadió la que había hablado.—Observad que sólo viene los días que el teniente está de guardia...

Estas mismas palabras, u otras parecidas, decía a Violeta la Emperatriz poco después. Y Violeta le contestaba:

—Tal vez tengáis razón, señora, pero, desgraciadamente para mí, el joven teniente ha puesto sus ojos en una dama de elevadísima alcurnia.

La Emperatriz, comprendiendo lo que Violeta quería decir, repuso:

—Entonces, para tu tranquilidad..., ese oficial cambiará de guarnición.

—De cualquier modo, para mí, se trata de un amor sin esperanza...

Llegó en esto hasta cerca del sitio donde, en el jardín, hablaban las dos amigas, el doctor Malvert, sabio al que se atribuían ideas políticas muy avanzadas. Su presencia hizo recordar a la Emperatriz algo que debía decir a Violeta. Cambió, pues, la conversación.

—Hija mía—dijo la Emperatriz,—tengo confidencias según las cuales vuestro hermano Mamiel pertenece a un grupo de conspiradores que publican un periódico titulado *El Faro*, y esto lo considero peligroso para él y para ti. Es preciso, pues,

que logréis que vuestro hermano salga para España cuanto antes y así se evitará que lo encierren en la prisión.

Las tres damas, que vigilaban a la Emperatriz y a Violeta, al ver llegar al doctor se acercaron a él y le interrogaron acerca de lo que se hacía en los medios radicales contra los Emperadores.

—Les puedo asegurar—contestó el doctor—que si hubiera un escándalo en la corte, se podría aprovechar para acabar con el trono. Debía ser un escándalo que diera lugar al divorcio... Esto derrumbaría las frágiles bases sobre que se asienta el régimen...

—Querido doctor—dijo la duquesa, que no podía resignarse al desdén de que había sido víctima, es decir, a que hubiese sido preferida por el Emperador una mujer y no ella,—ese escándalo, si queremos, podemos provocarlo hoy mismo...

Quedaron de acuerdo.

La duquesa pensaba aprovecharse del amor del teniente Hubert hacia la Emperatriz para provocar el escándalo deseado, vengándose así ella de una manera absoluta.

Iba vestida igual que la Emperatriz, y, poniéndose un velo, cualquiera las habría confundido. Se lo puso, dió al doctor una orden y se fué, sola, a un apartado rincón del jardín.

El doctor buscó al teniente. Y cuando estuvo junto a él, le dijo:

—En beneficio de usted, querido amigo mío, estoy desempeñando un cometido tan singular como galante... Una bella dama me ha dicho misteriosamente al oído: «Si es usted amigo del teniente Hubert, dígame que se encamine inmediatamente al banco de los mariscales».

Cortió el teniente hacia allá. Le esperaba, en efecto, una dama, con el rostro tapado. Era la duquesa. Pero él creyó que era la Emperatriz, pues por tal se hacía pasar la duquesa.

El teniente, apasionadamente, le habló de su amor, de su pasión. La dama no contestaba. Finalmente, el conde de Oitremont dijo:

—Y si su majestad quiere castigarme por mi audacia al hablarle de mi amor, mi vida le pertenece... disponga de ella...

—Se os pide un sacrificio menor—contestó la duquesa imitando la voz de la Emperatriz.—Introduciros esta noche, cerca de las once, por la Galería Bernadotte, a mi tocador y esperar allí órdenes...

El teniente saludó y se marchó. En seguida apareció Violeta, y creyendo que la duquesa era la Emperatriz—también ella las confundía en aquel momento—exclamó:

—Señora, he de marcharme.

Rió la duquesa, a tiempo que decía:

—Me ha hecho usted el honor inmerecido de confundirme con S. M.

¡Ah! —repuso, sorprendida, Violeta, y se alejó.

Rápidamente, temiendo por su hermano, se encaminó a París. Preguntó por él en la casa en que vivían. La mujer que tenían para que les cuidara, le contestó:

—Vuestro hermano Manuel está en la imprenta clandestina de *El Fato*, órgano de los conspiradores.

Y le dió la dirección de la imprenta, que aquella mujer la sabía.

Poco después llegaba a ella Violeta. Ya estaba allí el doctor Malavert, que decía a sus compañeros:

—Informes recogidos en la corte, permiten asegurar que el idilio entre la Emperatriz y el teniente Hubert data de algunas semanas. El desenlace violento será esta noche, gracias a una estratagema que hemos urdido...

Y contó el plan ideado por la duquesa.

Algo oyó Violeta al entrar, pero no claramente.

—¡Manuel!—llamó desde la puerta.

Salió su hermano.

—¿No es indigno—le dijo Violeta—verte trabajando en contra de nuestros protectores?... Pero tú no eres más que un niño alucinado que te conviertes en instrumento de gentes vengativas... Debes salir de Francia hoy mismo; si no, mañana serás encarcelado.

—Mañana ya habrá caído la tiranía...

—¿Qué dices?

—Con el escándalo que estallará esta noche, el trono se derrumbará.

—¿Qué escándalo? ¿A qué te refieres?

Manuel, ingenuamente, contó a su hermana todo lo que había dicho el doctor. Y Violeta comprendió el peligro que amenazaba a su amiga y protectora. Se dispuso a marchar sin tardanza, pero antes dijo a su hermano:

—Por nuestra madre te lo pido. Rompe toda relación con esta gente y salva tu vida huyendo a nuestro país.

En seguida de dicho esto, salió, y dijo al cochero, que la esperaba en la puerta:

—A casa a escape... Esta noche he de ir otra vez al castillo de Compiègne...

Partió el coche rápido. Poco después partía de nuevo hacia el castillo... En donde ya terminaba la velada... Los emperadores habían ido a la alcoba

de su hijo para besarle antes de retirarse a descansar. En el salón, esperaban su vuelta todas las damas. Las cuales, seguras de que ya estaría en el tocador de la Emperatriz el teniente Hubert, tenían ideado lo que harían: al llegar al salón los Emperadores, cuando se despidieran para retirarse cada uno a sus habitaciones, alguien abriría la puerta del tocador, por donde había de entrar la Emperatriz, antes de que Napoleón se hubiese retirado. De este modo, Napoleón vería que el teniente aguardaba allí a la Emperatriz.

El teniente, en efecto, se hallaba en el tocador. Pero antes de que ocurriera lo que las damas esperaban, había llegado al tocador otra persona, sin que nadie la viese: Violeta. La cual dijo al teniente:

—Le están a usted espiando, conde de Offremond... Se ha tramado un complot en contra de la Emperatriz y usted va a ser el instrumento de su perdición.

—Conozco vuestra fidelidad a la Emperatriz y he de confesaros que ella en persona me ha ordenado que me encontrara aquí a esta hora...

—Dígame dónde ha hablado con ella. Es necesario que yo lo sepa.

—Esta tarde, en el banco de los mariscales.

—Ha caído usted en el lazo... Quien le ha dado a usted la cita ha sido la duquesa de Moudovin, enemiga personal de la Emperatriz. Y ello ha sido con una premeditada maldad... Se quiere que haya un escándalo en la corte para deshonorar a la soberana.

—¡Oh!

Se oyeron pasos. Eran los Emperadores que volvían al salón.

—¡Demasiado tarde!—exclamó el teniente.

Y añadió:

—Confesar la verdad sería peor todavía...

—Salvemós a la Emperatriz—dijo Violeta.—Dejadme hacer a mí. Obrad en consecuencia con lo que yo diga, sin negar mis afirmaciones.

—Estoy a vuestras órdenes.

—Bien. Ahora, silencio.

Alguien, como estaba previsto, abrió la puerta del tocador, cuando aun estaban juntos Napoleón y Eugenia. Las damas sonreían, seguras de su triunfo. Poco les duró la sonrisa. Del tocador salieron el teniente y Violeta. Y ésta, dirigiéndose a la Emperatriz, dijo:

—A pesar de que me lo habíais prohibido, he querido, señora, venir a reunirme con el señor Offremond... ¿Perdonadme!

—La señorita Violeta—dijo el teniente dándose cuenta de todo—miente generosamente... Mia es toda la culpa por haberla perseguido hasta las habitaciones de V. M., donde ella intentaba refugiarse...

—¡Hija mía!...—contestó la Emperatriz.—¿Por qué guardabais secretos para vuestra amiga?

Intervino el Emperador, diciendo al teniente:

—Vuestros jefes, a los que os presentaréis inmediatamente, juzgarán vuestra conducta... Yo no negaré mi sanción al castigo, por severo que sea...

Luego se volvió hacia Violeta y añadió:

—Señorita, he conocido artistas famosos cuya vida privada no tenía nada que envidiar a la de las más recatadas señoras...

Violeta bajó la cabeza y salió en silencio. Las damas, a quienes se les había deshecho su plan, la miraron con rencor. La Emperatriz, imaginando vagamente la razón oculta de todo aquello, dirigió una mirada a su amiga comprensiva y cariñosa.

III

A la noche siguiente, en el teatro, en un entre-acto, Violeta recibió la visita del conde de Offremond. Cuando entró Violeta de vuelta de la escena, el teniente le dijo:

—Sólo yo conozco, señorita, la acción generosa que usted ha llevado a cabo.

—Por salvar a una amiga tan querida, siempre haré cualquier sacrificio...

—Pero ha puesto usted en entredicho su honra-
bilidad, y yo soy el culpable. He venido, pues, a despedirme y a rogarle que me perdone...

—Le perdono, caballero, y... le compadezco, porque es horrible amar a quien no puede corresponder...

Estas frases, si bien eran de compasión para el teniente, también eran una queja de Violeta sobre su propio tormento.

Se despidieron. Violeta sintió que parte de su alma se iba con Hubert.

Cuando apenas había salido el conde, entró en el camerino el jefe de policía, que era un gran admirador de Violeta.

—¿Qué hay de las detenciones? —le preguntó la joven en cuanto le vio entrar.

El jefe de policía, como si no hubiese oído la pregunta de Violeta y refiriéndose a Hubert, dijo:

—Evidentemente, es arrogante. ¡Qué lástima, para usted, que sea un Offremond, es decir, que lleve uno de los apellidos más gloriosos de Francia...

Con estas palabras descubrió el jefe de policía conocer los secretos del corazón de Violeta. Mas



ésta, indiferente, o simulando ser indiferente a lo que él había dicho, preguntó:

—¿Me escucha usted, o no? ¿Qué hay de las detenciones?

—Esta misma noche la policía dará una batida por las redacciones de los periódicos de la oposición... Prevenid a vuestro hermano para que se aleje.

—Temo que, a pesar de mis recomendaciones, no haya pasado aún la frontera.

—Pues si se encuentra todavía en París, hay que mandarlo detener sin pérdida de tiempo.

En escena para el tercer acto—gritó el avisador.

—Ya ve usted—dijo Violeta.—No tengo tiempo de avisar a mi hermano. ¿Si usted pudiera facilitarle la huida?...

—¿Demonio! ¿Me quiere usted comprar? ¿Cómo puedo atreverme a facilitar la fuga a aquellos a quienes debo detener?

—¿Hágalo usted! Por una vez... Es un niño...

—Señorita Violeta... por favor... El público se impacienta... A escena—volvió a gritar el avisador.

—Hágalo—repitió Violeta, y corrió hacia la escena.

Una hora más tarde, la policía detenia, en una imprenta, a Manuel, el hermano de Violeta. Pero ya en la calle, obedeciendo órdenes del jefe, se hicieron los distraídos para que Manuel escapara. Lo que éste hizo sin vacilar y sin sospechar que se fugaba porque así estaba dispuesto.

Fué a refugiarse a otra imprenta poco conocida. Y dijo a los que allí había lo que le acaba de suceder, añadiendo:

—Me vengaré. Juro que me vengaré. Por mi hermana puedo proporcionarme datos sobre la vida

de la corte. Soy vuestro hermano de ideas... ¡Escondedme!

Le escondieron, seguros de que, aunque niño, cumpliría lo que había jurado.

A aquella misma hora, en su despacho, el conde de Offremont escribía una carta para Violeta. Decía así: «Señorita: Como soldado, mi vida pertenece a la patria. Confío a vuestra alma generosa el encargo de entregar una carta que hallaréis adjunta, cuando conozca la noticia de mi muerte, a quien vos sabéis. Esa alta dama comprenderá entonces vuestra heroica conducta y sabrá también que un hombre se ha ido a buscar la muerte como castigo al delito de haberla amado. No puedo expresar cuán grande es mi reconocimiento. *Hubert de St. Offremont.*»

Metió esta carta, con otra cerrada, a la que se refiere en el texto, en un sobre, en el que escribió: «A la señorita Violeta, Teatro de la Opera».

Cuando iba a dejarla sobre la mesa, entró en el despacho su madre, que no ignoraba el amor del hijo hacia la Emperatriz. Y al verle tan pálido, exclamó con pena:

—¿Pobre hijo mío! ¿Cómo sufres por ella! ¿Por qué guardas secretos para tu madre? ¿Siempre leí en tu corazón!

Se abrazaron madre e hijo. Luego, la madre salió. Y el teniente, entonces, volvió a leer el diario oficial del Ministerio de la Guerra, donde se publicaba la orden de su traslado, pedido por él, y que había ocultado a su madre, para evitarle el dolor de la despedida. Decía así: «Por acuerdo del ministerio, con esta fecha, el señor de St. Offremont, teniente del regimiento de guías, ha sido agregado, según su deseo, al Estado Mayor del cuerpo expe-

dicionario, debiendo trasladarse a la mayor brevedad al campo de operaciones.»

Dejó el diario al lado de la carta. Se vistió rápidamente y salió. Al día siguiente estaba ya en el campo de batalla.

Hubo que hacer un reconocimiento peligroso y Hubert se ofreció para ello.

Cuando volvió, el general le dijo:

—Había apostado que el bravo que fuera rapaz de intentar esta aventura, no regresaría... Bravo teniente Offremont, he perdido la apuesta.

—Creo que la ha ganado usted, mi general— contestó Hubert, y cayó al suelo, del caballo que montaba, como muerto.

Fue recogido y cuidado sin tardanza. Y después de realizada la cura de urgencia, fue enviado a su casa.

Tardó muchos días en reconocer a su madre, en saber el sitio donde se hallaba. Las semanas, con alta fiebre, se sucedían torturantes e interminables. Por fin, pasado mucho tiempo, desapareció el delirio y en las almas renació la esperanza. En la de su madre y en la de Violeta, que se colocó a la cabecera del enfermo desde el primer momento. Recibió la carta y la noticia de la desgracia ocurrida al teniente a un mismo tiempo. Y, sin dudar ni un momento, se presentó en la casa de la señora de Offremont ofreciéndose a curar al herido, lo que hizo con una constancia y un cuidado envidiables.

Cuando el teniente recobró el conocimiento, su madre le dijo:

—Esta joven, que yo no conocía, no se ha movido de la cabecera de tu cama desde que llegaste... Tu salvación es obra de su amor.

Pocos días después, cuando ya la juventud de

Hubert fué más poderosa que el mal y el enfermo comenzó a levantarse y a salir al jardín de su palacio, Violeta se dispuso a marchar. El teniente le dijo:

—Sí, en efecto, vuestra tarea ha terminado...

Llegó en esto la madre del enfermo, y añadió: Habéis sido mi hada protectora...

—No solamente os debe la salud de su cuerpo... También ha salvado usted su alma. Terminad vuestra bendita obra quedándoos aquí, no abandonando jamás esta casa, a la que habéis traído la felicidad.

Pero ustedes son nobles. Y yo...

La gente de nuestro rango tienen derecho a pensar que la nobleza del corazón suplente a la del apellido.

—Y yo os amo, Violeta—dijo apasionadamente Hubert.

—Yo también creí amaros. Perdonadme. Acabo de apercibirme de mi culpable debilidad... Porque, en realidad, no os amo... como vos merecáis...

—Violeta, ¿por qué no confiesa usted la verdad?—repuso el teniente.

—Pues bien, sí, os amo, os amo con locura... Pero siento que no puedo amaros... Mi origen es muy humilde...

—¿Acaso no podéis disponer libremente de vuestro corazón?

—Sí... no...

Y no pudo decir más. Un sollozo súbito atropelladamente hacía su garganta, y para no mostrarse débil y conturbada, salió, dejándose allí, creía ella, muerta para siempre todas sus esperanzas.

Al mismo tiempo que en el palacio de los Offremont ocurría esta escena, Manuel, el hermano de Violeta, entraba en las habitaciones de ésta por un

balcón, como un ratón, y revolvía toda la correspondencia.

Había una carta de la corte. La abrió con cuidado; la leyó. Volvió a salir, como había entrado, llevándose aquella carta. Los que le habían ocultado cuando él creyó haber escapado, le esperaban. Leyeron todos la carta, que decía: «Señorita Violeta: S. M. la Emperatriz me encarga de informar a usted confidencialmente que, aunque haya sido desmentida la visita de SS. MM. a la fiesta del Orfelinato, han decidido asistir a ella, esperando tener la oportunidad de aplaudiros allí».

—Gracias a ti, muchacho—dijo uno de los conspiradores—el odioso símbolo de la tiranía será aniquilado.

—Pero, ¿qué tratáis de hacer esta noche?—preguntó Manuel, preocupado.

—Acabar con los Emperadores.

Y le explicó el plan terrorífico, consistente en poner unos explosivos en el alcantarillado para que estallaran al paso del coche imperial.

Violeta, entretanto, como aun era por la tarde, fué a palacio decidida a despedirse de la Emperatriz y regresar a España. Después de comprender que era imposible su casamiento con el hombre al que tanto amaba, no quería permanecer ni un día más en Francia.

—No puedes imaginar la pena que causas a tu amiga—le dijo la Emperatriz—al anunciarme tu decisión de abandonar este país...

—Me veo obligada a ello...

—Bien. No quiero violentar vuestro propósito. Hablando de otra cosa. En vuestra casa encontraréis una carta de nuestro chambelán, por la que

pongo en vuestro conocimiento que esta noche esperamos tener ocasión de oír vuestra deliciosa voz.

Violeta volvió a su casa. Al entrar preguntó a la mujer que les cuidaba:

—¿Han traído para mí una carta de palacio?

—La señorita la encontrará arriba en su cuarto.

Subió Violeta a su cuarto. Repasó la correspondencia. No estaba la carta de palacio. Comenzó a buscar. Inútil. No estaba en ninguna parte. De súbito vió a su hermano Manuel que entraba por el balcón y que le decía:

—No busques tu carta... Es inútil. La tengo yo.

Acabó de entrar y se la entregó. Violeta la leyó rápidamente. Luego preguntó a su hermano:

—¿Quieres decirme qué significa esto?

—Te confesaré que cada día me introducen de este modo en tu habitación y leo tu correspondencia.

—¿Con qué objeto?

—Para saber cosas de la corte y comunicárselas a mis amigos.

—¿Y no te avergüenzas de un proceder tan villano?

—No me avergüenzaba, no. Ahora...

—Ahora... ¿qué?

—Por favor, no hagas ruido... Ahora, Violeta, sólo tú puedes salvarme... ¡hermana mía!, ¡querida hermana mía!

—Pero, ¿qué has hecho?

—Me habían hecho creer que la felicidad universal dependía de mi colaboración, y yo les he ayudado... Hoy, por la noticia de esa carta, atenuarán contra el coche imperial. Esperarán en la puerta del Orfelinato... Y cuando pase la carroza, explotará un artefacto infernal, colocado en el alcantarillado.

—¿Y a qué has venido aquí ahora?

—¿Qué podía hacer, hermana mía? Si aviso a la policía, me detendrán como cómplice. Por otra parte, mis amigos me matarían. ¡Estoy perdido, Violeta! Si tú me delatas, vendrán a prenderme para averiguar la organización del complot.

—¿Cómo has podido olvidar los consejos de nuestra madre?

—Por favor, querida hermana, no me delates.

—No te muevas de aquí. Prometí a nuestra madre velar por ti y te salvaré.

—¿Qué vas a hacer?

—Silencio. Quédate aquí. ¡Te salvaré!

IV

Inmediatamente Violeta se dirigió al palacio y, sin avisar, subió a las habitaciones de la Emperatriz.

—No es necesario, señora — dijo — que usted asista a esa fiesta. Tampoco el Emperador. Pueden enviar a alguien que los represente.

—El Emperador tiene trabajo y ya ha dicho que no asistirá. Pero yo sí iré...

—No salga esta noche, se lo ruego. Se ha fraguado un infame complot...

—Siempre la misma cantinela... Si escucháramos esos siniestros augurios, no saldríamos nunca de palacio. Veamos: ¿qué fundamento tiene esa historia tuya?

—Majestad, un horrible presentimiento. Es muy triste para mí veros desafiarse la muerte sin poder evitarlo.

—No hay nada que temer. No te alarmes. Tu Emperatriz sabrá cumplir su deber sin temblar ante



una amenaza cualquiera... Y esta noche irá a dar un abrazo a las pobres y desgraciadas huérfanitas.

Tendré en ello, créeme, una especial complacencia. En cuanto a ti, desecha todo temor, repito, y ve a prepararte para cantarnos tus más sentidas canciones.

Comprendiendo Violeta que toda insistencia era inútil, salió de la cámara regia y, ya fuera, dijo a la camarera de la Emperatriz, pensando en un plan que había ideado:

—Para mi representación en el Orfelinato necesito un chal como el que lleve su majestad.

—Lo tendrá usted.

—Ya pasará a recogerlo a la hora de ir.

—Muy bien.

Volvió nuestra protagonista a su casa y escribió una carta, para llevarla consigo, que decía: «Renuncio a vivir para que un país que yo adoro como mío, pueda conservar su bondadosa soberana. Mi decisión es tal vez egoísta, porque mi vida vale poco, ya que no puedo alcanzar mi supremo ideal de un amor imposible... Solamente mis hermanos abandonados me obligan a suplicar por ellos a V. M. que posea un corazón siempre abierto para los menesterosos.»

Cuando acabó de escribir, se dio cuenta de que su hermano Manuel estaba a su lado, llorando.

—¿Por qué lloras?

—¿Qué intentas hacer, Violeta?

—Morir. Toda la culpa es mía... No he velado por ti... Justo es que yo pague tus culpas... tu abandono... ¿Cómo debe cometerse el atentado?

—Desde la alcantarilla... por explosión subterránea... ¡Será horrible!

—Adiós, Manuel. ¡Que sea norma de tu vida amar hasta el sacrificio! ¡Amar hasta el perdón!

Deshecho por el dolor se quedó Manuel, sin

fuerzas ni siquiera para oponerse a los designios de su hermana.

Violeta, con una serenidad heroica, salió de su casa dispuesta a no volver. Aun faltaba algún tiempo para la hora de la fiesta, y en lugar de dirigirse al palacio, se encaminó hacia la casa del hombre a quien tanto amaba. Quería verlo por última vez. Despedirse de él, aunque sin desear que él la viese.

Había en el palacio de los Offremont, en la verja del jardín, una puerta, muy cerca del edificio, que daba frente por frente a otra amplia puerta de cristales del salón en que madre e hijo solían reunirse y charlar, por la noche, en tanto que llegaba la hora de la cena.

Violeta pensaba ver a su amado desde aquella puerta.

Cuando llegó allí, era ya noche cerrada. En efecto, madre e hijo se hallaban en el salón. Violeta los estuvo contemplando durante largo rato, llorando silenciosamente, pero sin atreverse a entrar, cosa que deseaba con toda su alma, aunque sólo fuera para decir a Hubert cuánto le amaba.

De pronto, Hubert se levantó de su asiento y desapareció del salón, sin que Violeta supiera por dónde. El joven había salido a pasear por el jardín. Violeta estaba tan quebrantada por su pena y por su llanto, que no se dio cuenta de que su amado se acercaba a la puerta donde ella estaba. Cuando se apercebó de ello ya era tarde para huir, si es que era esto lo que hubiera intentado hacer. Hubert, acercándose, le dijo:

—La mejor prueba de que me amas, es que te encuentras aquí...

—Sí; antes de marchar para siempre, he que-

rido de los dos. Os amo como nunca fué amado un hombre...

Pero habléis de partir... ¿Por qué? ¿No es eso una locura?

—No es locura, no. Es necesario que me marche... Mi presencia sólo desgracia puede traer.

—Al contrario. A mí me ha dado la salud y la felicidad.

—Sí, pero... mi pasado. ¿Qué desgraciado seréis si lo supierais?

—¿Tan terrible es?

—No hay en él ninguna mancha. Pero he sido bailarina de tablas, cantanra, vendedora de flores... Una cosa horrible, que no permite que me una a vos.

—Vete, sí. Marchaos, os lo suplico.

—No me perdonarías nunca, ¿verdad?

—No, jamás.

—Sin embargo, no he cometido ningún crimen. ¿No he hecho nada por lo cual deba ser perdonada? Y ved: ¿no me perdonarías jamás!...

—¿Jamás! ¿Jamás!

—Adiós, pues. Por encima de todo, os amo. No lo olvidéis: ¡os amo!

Y partió, corriendo y llorando, con sollozos que le partían el alma. No veía nada de cuanto encontraba en su camino. Ni hombres, ni casas, ni carruajes. Su pena era más grande que el mundo entero. Iba corriendo hacia la muerte. No sólo para salvar a la Emperatriz, motivo primordial de su decisión, pero también para librarse de su vida, que, sin aquel amor, ya no era vida.

El conde de St. Offremont, en los primeros momentos, se quedó como loco de dolor por aquel amor tan grande que se marchaba. Pero no podía

perdonar. ¡Jamás! Luego, pensando más serenamente, comprendió que Violeta era más grande que él, y afirmóse este pensamiento de tal modo en su mente, que poco después partía hacia palacio para buscarla y para rogarle que le perdonara; ella a él, pues no otra cosa era lo justo.

Violeta llegó a palacio, serena, como si nada le hubiese ocurrido ni nada hubiera de ocurrirle. Y se había dejado todas sus ilusiones en un diálogo inesperado e iba a buscar voluntariamente la muerte poco después.

—¿Tengo preparado el chal de su majestad?— preguntó a la camarera.

—Sí, aquí está.

Lo cogió y salió a una habitación reservada. Preparó allí todo lo necesario para vestirse en un momento. Luego salió otra vez para enterarse de algunos pormenores. Había comenzado a llover.

Una dama le dijo:

—¡Si la señorita viera cómo las huérfanitas han adornado el interior del carruaje de S. M....! Es un verdadero tapizado de violetas imperiales.

En seguida vió que el oficial de servicio comunicaba que SS. MM. acababan de levantarse de la mesa. Llegaba la hora...

Se adelantó a la puerta y dijo a los ujieres:

—S. M. me ruega les transmita la orden de adelantar el carruaje imperial. Desea salir absolutamente sola y suplica se abstengan de formar a su salida ni la música ni la guardia...

—Se cumplirán sus órdenes.

Violeta volvió rápidamente a la habitación donde había dejado las ropas, se vistió en un instante y con un velo en el rostro y el chal de la Emperatriz salió nuevamente. Todos creyeron que era la

propia Emperatriz, que era lo que ella deseaba. Así pudo subir en la carroza imperial, que partió en seguida hacia el Orfelinato.

Los conspiradores se hallaban ya en la alcantarilla. Entró otro más y dijo:

Nuestros espías avisan que el carruaje ha salido de las Tullerías a las 8'42. ¿Que todo esté preparado!

Según lloviendo. St. Offremond llegó a palacio, logró llegar hasta la soberana y dijo:

—La señorita Violeta partió de mi casa hace un momento. Parecía muy agitada. Ha venido a pie con este tiempo, rápidamente.

—¿Dónde está Violeta?—preguntó la Emperatriz, intranquila.

Nadie contestó.

—Perdone S. M.—añadió Offremond—que le confíe mis temores de que le haya ocurrido algo grave a la señorita Violeta.

Salieron hacia la puerta, pues la Emperatriz había de partir sin tardanza hacia el Orfelinato. Los ujieres y la guardia, al ver a la soberana, no saltan de su asombro.

Explicaron que alguien había partido, vestida como ella, en la carroza imperial.

—Ahora me explico lo ocurrido—exclamó la Emperatriz.—¡Pobre amiga mía! Ha llevado a cabo una idea que ahora empiezo a comprender... Un atentado tramado contra mí... Ella ha partido a morir para salvarme la vida... ¡Pronto! ¡Corramos a evitar que sea víctima de su abnegación!

Subió la Emperatriz en un coche y Offremond en otro. Luego, la Emperatriz ordenó:

—Señores de la escolta: adelantense, con los caballos al galope. ¿No se preocupen de mí!...

Obedecieron los soldados.

En tanto, Violeta se acercaba al lugar donde la muerte acechaba. La lluvia había arreciado. Por efecto de ella, la alcantarilla se inundó y los conspiradores estaban a punto de perecer ahogados.

—¡El coche llega!—gritó uno.—Encended la mecha y huyamos.

En efecto, el coche regio se acercaba, y dentro de él Violeta, que iba despidiéndose del mundo con frases emocionadas. Sus últimos pensamientos fueron para su hermano, para su buena amiga Eugenia, para el teniente Hubert, tan amado.

La escolta imperial se acercaba... pero era tarde: una explosión horrible arrojó a la ciudad entera.

Poco después, de entre los caballos muertos y de junto al coche, mal herido, era recogida, por las propias manos de la Emperatriz y las del teniente Hubert, el cuerpo exánime de Violeta, que no había sufrido, atornilladamente, ninguna herida grave, pero que se hallaba sin conocimiento, pálida como una muerta.

En el propio Orfelinato se encargó de la primera cura el doctor más famoso de París, llamado al efecto por la Emperatriz. En una sala vecina, esperaban el fallo de la Ciencia, entre otras muchas personas que habían acudido, la Emperatriz, Offremond y su madre, que había sido una de las primeras en llegar.

Cuando el doctor dijo que no existía gravedad y que podían pasar a ver a la enferma, entraron los tres. Violeta les recibió con una sonrisa divina. Las dos damas la besaron. Offremond se acercó avergonzado de sus palabras de horas antes. Le maravillaba aquella grandeza.

—¿No es cierto, señora—preguntó la Emperatriz a la St. Offremond,—que acción tan meritoria bastaría para borrar cualquier error de una mujer?

—Me honro opinando lo mismo que S. M.—contestó la dama.

Y luego añadió, dirigiéndose a Violeta:

—S. M. os ruega hoy que concedáis a mi hijo la felicidad que le habéis negado reiteradamente.

—Perdón, Violeta—demandó Offremond.

Violeta volvió a sonreír, feliz al fin y contesta.

—Amiga mía—dijo la Emperatriz,—tu cabellera está llena todavía de violetas... violetas imperiales. Ellas te han salvado, rodeándote como una coraza. Las mezclare éstas con las que me ofreciste en días lejanos, pero inolvidables, y ellas me recordarán eternamente tu noble corazón y tu leal amistad.

Violeta volvió a sonreír divinamente.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Las más elegantes, las más prácticas, las preferidas por el público de buen gusto, son las siguientes:

Album de Bal	Anual	10'—	pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'—	"
Blouse Ideal	"	2'50	"
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50	"
Ideal Parisien	Mensual	3'—	"
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'—	"
Mateaux et Costumes de Promenade	"	3'—	"
Mode de Paris	"	3'—	"
Mode Nationale	Mensual	1'25	"
New Ladies Fashions	10 veces año	6'—	"
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'—	"
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'—	"
Patrons Favoris Blouses	"	5'—	"
Patrons Favoris Enfants	"	3'—	"
Patrons Favoris Lingerie	"	5'—	"
Patrons Favoris Gentlemen Fashions	"	5'—	"
Patrons Favoris Tailleur	"	5'—	"
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'—	"
Paris Chic	Mensual	5'—	"
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50	"
Toilettes Modernes	"	2'25	"
Ultima elegancia	"	1'25	"
Tres chic	"	4'—	"

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Munkai, Barhará, 15, Apartado 925 — Barcelona**